

Tlanoc no pudo reprimir un grito de terror al observar la cadavérica palidez del príncipe.

Pero llegándose á él le observó y examinó atenta y rápidamente y dijo á las mujeres:

—Está mucho mejor de lo que al verle creí que estaba, sin duda perdió mucha sangre y esto es causa de su color y postración; pero no tardará mucho en volver en sí y dentro de pocos días estará enteramente bueno.

Tomadas las indispensables precauciones, Tlanoc echó sobre sus hombros el cuerpo de Tezomotli y dijo á las mujeres que le siguiesen, como en efecto lo hicieron, llevando María en brazos á su hijo.

Gonzalo de Salazar no pudo reprimir la explosión de su cólera cuando se apercibió de que la casa de los Alva estaba completamente abandonada.

Sólo encontró en ella el montón de cadáveres de los soldados muertos por Tezomotli.

—Maldito indio José,—exclamó;—¿para qué pediría los perros de Peralmindez si no había de saber servirse de ellos?

Capítulo IV

A solas consigo mismo

No era Salazar hombre capaz de soportar una bur-
la que hería en lo más íntimo y delicado la fibra
de su amor propio.

Por tres hombres se suponía engañado y sobre los tres quiso hacer caer las consecuencias de su enojo.

Dividió, pues, su guardia en tres secciones, recomendando á cada una de ellas y respectivamente, la aprehensión de Hernán López, la del soldado que de su despacho le había hecho salir y la del espía José.

—Pero ¿dónde encontrarlos?—preguntáronle uno tras de otro los improvisados jefes de los tres grupos.

A lo que Salazar contestó con violencia, motivada por la ira que le causó no poder darles una respuesta precisa.

—¡Sobre la tierra si están vivos; bajo de ella si están muertos!

Los soldados comprendieron que era inútil esperar del gobernador informes que no podía darles, y se alejaron

sin saber dónde irían, pero contentos de alejarse del irri-
tado factor.

Quedó éste enteramente solo, porque así fué su vo-
luntad.

Quién hubiera podido penetrar en las profundidades
de su cerebro, de su alma y de su corazón, y en ellos
ver con vista natural, seguramente se hubiera espantado
de la tormenta que á todos tres agitaba.

Sin quererlo, él mismo se ponía en parangón con don
Martín Tezomoti, y á su pesar se avergonzaba de las
desventajas que de dicho parangón le resultaban.

—Seguramente,—se decía á sí mismo,—D. Martín no
puede amar á D.^a Beatriz más de lo que yo la amo.

El está bajo la primera impresión.

Hace apenas unos cuantos meses que la conoce.

Yo la conozco y la amo hace ya varios años.

La ví cuando apenas era un capullo que se reclinaba
en los amorosos brazos de su desgraciada madre.

Niña casi, me atrajo sin embargo. Doblada sobre el
regazo de la santa é infeliz dama que le dió el ser, yo
distinguí las plumas delicadas de sus alas de ángel.

Sí; ella era el ángel de la infeliz esposa de D. Diego.

Con sus caricias, con su filial adhesión, le endulzaba
el amargo contenido de aquel cáliz que, como el de Je-
sucristo, tampoco podía pasar de ella sin ser por ella
apurado hasta las heces.

Si D. Diego hubiera sido capaz en aquel tiempo de sus
aventuras, de haber apreciado la dicha de la familia y
de haberla amado, abandonando nuestra viciosa vida,
yo también me hubiese convertido al buen camino.

Pero D. Diego tenía cegados los ojos del alma y no vió
como el mismo mataba su dicha; y yo no pude detener-

me en la fatal pendiente á la que yo mismo le había
arrastrado.

Después, la niña se hizo mujer, y no sólo la amé sino
que deseé hacerla mía.

Pero ella que nunca me había amado, cuando supo
que la amaba yo, me aborreció.

No podía aborrecer á su propio padre y su odio se re-
concentró sobre mí, como causa y origen de los errores
de D. Diego.

No le faltaba razón y no obstante era injusta.

Yo sembré la mala semilla, es cierto.

¿Pero acaso tuve yo la culpa de que el corazón de
don Diego fuese tierra asaz abonada para hacerla ger-
minar?

¡Vive Dios! que en aquellos días de crápula y desor-
den, el discípulo aventajó al maestro y yo aprendí de él
cosas que ignoraba.

Mas ¡ay de mí! ¿quién convence á un buen hijo de
que su padre es un infame?

Cualquiera explicacion mía en este sentido hubiera re-
doblado el odio de D.^a Beatriz.

Esta injusticia no sólo ella la cometió.

La cometió también su padre.

Cuando le descubrí que yo amaba á su hija, cayó so-
bre mí toda su indignación.

—¡Entregártela yo á ti! ¡imposible! ¡nunca! ¡jamás!

Creyó sin duda que yo la encenagaría en el vicio como
á él le encenagué.

Hacia á su hija la ofensa de compararla con él.

Ni yo ni el demonio en persona hubiéramos sido ca-
paces de apartar á D.^a Beatriz un punto del camino de la
virtud.

En esta negativa vió D.^a Beatriz una prueba inequívoca del arrepentimiento de su padre.

 Mi sacrificio quedó consumado.

 Pero yo no podía ser injusto conmigo, y me rebelé contra la pena á la cual se me condenaba.

 Pero ¡ay! ¿qué valen las rebeldías contra decretos de amor?

 El ciego y pequeño Dios había decretado que mi pasión no se viese satisfecha ni lograda.

 Quise vencer el desdén y sólo llegué á verle convertido en desprecio.

 Mi irritación creyó poder llegar á lo imposible.

 Llamé á la fuerza en mi auxilio.

 Armado con ella puse debajo de mis piés á D. Diego, pero D.^a Beatriz se levantó sobre mi cabeza á merced de aquellas alas de ángel cuyas plumas delicadas había yo distinguido cuando la niña se reclinaba en el regazo de su desventurada madre!

 Desde entonces luché contra lo imposible, sin descanso y con desesperación.

 Pero sólo logré desprender sobre mi cabeza los sillares que formaban mi imaginario edificio.

 A mi vez yo también odí, pero odí como los que aman, es decir, perjudicándome á mí mismo sin obtener ventaja alguna.

 Amor ardía en mi con mayor violencia á cada instante; pero su incendio, su fuego, sus llamas sólo á mí me abrasaban sin ser capaces de derretir el peso imponderable de nieve que sobre mi orgullo amontonaba el desdén de D.^a Beatriz.

 Vosotros los que hayáis amado sin esperanza, me comprenderéis y, disculpando mis rencores, con vuestra propia rabia los justificaréis.

 ¡Ah! ¿por qué seguiré yo amando?

 ¿Tan pequeño es el hombre, que una vez sometido al influjo de un verdadero amor, todo lo pierde hasta el sentimiento de su propia dignidad?

 Los que así no habéis amado no sabéis lo que es amor, ni dónde llega su poder.

 Los que en una pasión desgraciada sucumbís á vuestro dolor en la locura ó en la muerte, no erais dignos de ser amados.

 El amor es la vida, y el amor no puede matar.

 El amor es la felicidad, y un loco no puede apreciarla ni gozarla.

 Si el amor atormenta, él mismo da vigor al atormentado para sufrir sus penas.

 Ese vigor se encuentra en la esperanza.

 Quien de veras ama jamás pierde la esperanza.

 Porque sin esperanza solo hay vacío en el amor y el amor huye del vacío, porque el amor existe mientras el objeto amado existe, y cuando existe el objeto amado vuestro corazón está lleno de ese objeto y no hay vacío posible que no llene la necesidad de la esperanza.

 ¡Oh! sí, yo lo sé, porque la amo aunque sepa que ella no puede amarme.

 ¿Por qué no ha de poder?

 ¿Por qué me aborrece?

 ¿Por qué me vé descender hasta el crimen por tal de lograr vencerla?

 ¿Qué no podrá hacer de mi con su amor si ya contempla que ni el crimen es capaz de detenerme?

 No, mientras ella viva mi esperanza no puede morir.

 Quizás el terror la ponga un día entre mis brazos.

 Mi esperanza se verá cumplida y ya no tendré necesi-

dad de crimen y le arrojaré lejos de mí, para no mancharla con él, y seré feliz y seré bueno, enteramente bueno, y ejemplo en fin de buenos.

¡Ah D.^a Beatriz! cuán poco sabéis de amor si no sabéis que un capricho vuestro podría de tal modo regenerarme que al fin os convencierais de que sólo yo era digno de ser amado por una mujer como vos!

Perdido Salazar en el laberinto de su imaginación, cayó rendido y fatigado en un sitial que próximo á sí tenía.

Capítulo V

Amor paternal



QUEL descanso de la imaginación de Salazar fué momentáneo.

Exaltado como estaba, pronto volvió de nuevo á trabajar, pero en distinto y diferente campo.

Hasta entonces se había movido en el de la pasión.

Y como en amores el campo de la pasión linda con el de los celos, en él entró como león que, rotas sus cadenas, se vé libre y señor en las selvas que son su imperio.

La primera pregunta que Salazar se hizo después del intervalo de descanso fué la siguiente:

—Pero como puedo yo esperar que me ame si ama ya á otro?

Hasta hoy sólo había tenido un rival que no lo era.

Don Diego de Saavedra.

El amor filial es tan distinto de los demás amores, que no les perjudica.

Bien podía, pues, D.^a Beatriz amar á su padre sin inquietarme sino bajo el supuesto muy posible de reali-

dad, de que D. Diego influyese sobre su hija en contra mía.

Pero si ella hubiera querido amarme ella misma hubiera vencido la oposición de su padre.

Los hijos hacen ver á sus padres las cosas como es su capricho que las vean.

Y los padres se someten á su influjo porque siendo bueno y honrado el capricho de sus hijos, no saben ni pueden, ni quieren oponerse á él.

¿Por qué no serán todos los amores en la vida tan santos y poderosos como el amor paternal?

¡Oh amor de los amores! ¡oh santa esencia y ambrosía del amor!

Tú eres lo único que en la tierra se acerca y aproxima á la verdadera felicidad que el hombre persigue.

Y si tú no eres por tí mismo la misma felicidad es porque tu imperio se ejerce sobre seres deleznable y mortales.

¡Y... ay del día en que la muerte te arrebatara el objeto de tu amor!

Entonces es cuando sabes lo que es el dolor cruento, sin que te queden ocultos ni por descubrir sus más mínimos secretos ni pormenores.

¡Ojalá pudieras amarrar á tu carro la felicidad, como cuando te falta un hijo quedas amarrado al carro del dolor!

¡Oh divino amor! ¡cómo en tí se unen y amalgaman hasta venir á formar un cuerpo simple el dolor y la amargura ambos en grado infinito!

¿Quién ríe como tú ríes en la hora de la alegría, quién llora como tú lloras en la hora de la aflicción?

Para tí fueron creados el placer desinteresado y el do-

lor que no pasa nunca. Tú solo, amor paternal, vives siempre, mientras vive el corazón del padre y aun quién sabe si mas allá del sepulcro el espíritu en que viviste no es feliz si nó se encuentra, une y confunde con el del hijo para el cual naciste.

Por tí se ama la vida, por tí es dulce el trabajo, por tí toda empresa se acomete y todo peligro se desprecia.

¡Oh dulces hijos tan queridos para vuestros padres!

Para vosotros y por vosotros de todo es capaz un padre.

¡Cuán grandes transformaciones operáis en el hombre! Desde el momento en que nacéis vive sólo para vosotros.

Su sueño sólo dura hasta que escucha nuestro primer llanto.

Una vez que en vuestras lágrimas ha percibido el dolor que os las ha arrancado, se mantiene en constante vigilia, pensando como hombre, orando como cristiano, sin más fin que evitar la repetición de vuestro dolor.

Es su amigo todo aquel que os acaricia y os demuestra simpatía; y si quien tal hace y tal demuestra es su enemigo, conquista su perdón y el olvido de la ofensa.

Pero ¡ay! que nadie os dañe, que nadie os haga llorar, porque quien tal haga será objeto de su ira y de su odio.

Todo por vosotros y para vosotros.

Su alegría está en vuestra felicidad.

Y mientras vosotros estáis sobre la tierra todas las sendas de la vida, aun las más llenas de espinas, le parecen vestidas de flores y suaves y blandas como la espuma de los torrentes.

En la oscuridad de las penalidades humanas, vuestra presencia y recuerdo son luz más brillante que la del

sol, y más llena de colores que la del iris, y más variadamente hermosa que las tintas de que se visten las nubes en los ortos y ocasos de los claros días primaverales.

Mas ¡ay de él! si Dios teme por vosotros y llama á Él vuestro espíritu y deja vacíos vuestra cuna y vuestro lecho!

¡Oh santo pedazo de tierra que envuelve vuestros restos queridos! ¿quién pudiera llevarte en el corazón?

¿Por qué no permitis que el padre infeliz pueda contar y distinguir los granos de tierra que contienen algún residuo de aquella naturaleza muerta é imponderablemente amada?

¿Cuál de esas flores que arraigan sobre su tumba tiene algo del hijo querido y dónde ese algo está?

¿En la savia que de la raíz sube al extremo del delicado pistilo?

¿Por qué no le es dado ver lo que en esa sávia es parte de su hijo?

Cuál de esas florecitas blancas como su alma, azules como las niñas de sus ojos, sonrosadas como sus mejillas, carmín como sus labios, doradas como sus cabellos, violáceas como el manto que vestía la Virgen cuando en su templo le fué presentado, ¿cuál de esas flores es una parte de él, y cuál es esa parte?

Ese perfume suave, delicado, penetrante y embriagador ¿es una porción del aroma en que se recreaba el alma de sus padres cuando alegre y sonriente tendiales los brazos y con ellos formaba en su cuello un círculo de amor que parecía imposible de romper?

Esa especie de conmoción que de súbito agita la naturaleza entera de los padres que le perdieron, y pasa y concluye en un suspiro que suena como un lamento ¿es

quizá efecto de que el hijo para siempre ausente de la vida ha besado la frente de sus padres, en un momento en que Dios le ha permitido dejar el cielo y descender á la tierra á cumplir con el cuarto precepto del Decálogo?

¡Ah! ¡delincuente humanidad! ¿por qué rompiste tu alianza con tu Dios?

En los días en que esa alianza fué un hecho, bastaban la virtud y un sincero arrepentimiento para que Dios se dignase habitar con sus criaturas.

Hoy tan sólo la muerte puede llevarnos á su presencia.

Y mientras vivimos interrogamos inútilmente, porque nuestras preguntas jamás encuentran en las respuestas que del hombre obtiene, el consuelo inefable que envuelve y distingue á la verdad.

¿Dónde estás tú, misteriosa comunicación de lo temporal con lo eterno?

¿Cuál es el camino que á tí conduce? ¿con cuáles palabras puede uno entenderse contigo?

¿No existes acaso?

Imposible que no existas: todo lo que debe existir existe.

Dios no puede haber fraccionado el espíritu que nos anima de modo tan absoluto que no puedan comunicarse entre sí esas fracciones.

Que el espíritu de un hijo procede directamente del de su padre, que es por mejor decir una fracción de él, lo demuestra la santidad y casi perfección del amor que entre ellos se engendra.

¿Quién puede separarlos?

¿Quién es tan insensato que crea que un padre puede aborrecer á un hijo?

¿Por qué, pues, si tan excepcional es este amor que contra él el olvido es impotente y por mejor decir no existe, no ha de estar exceptuado de la ley general y privilegiado por Dios?

Abrios, ojos de la fe, abrios y lanzad vuestras miradas iluminadoras á través de los lentes del más santo de los deseos.

La voluntad, si el bien la inspira, es la omnipotencia. ¡Abrios, ojos de la fe, y decidme lo que habéis visto!

Mas ¡ay! la delincuente humanidad rompió su alianza con Dios, que ya no se digna hablar con sus criaturas. Cerradas permanecen las puertas de lo maravilloso.

Y en vano el hombre repite con el rey salmista:

«Señor, escuchad mi plegaria: prestad oídos á mi súplica según lo tenéis prometido en la equidad de vuestra justicia.

»Mi alma está llena de angustia y turbado mi corazón.

»Tendidas están mis manos hacia vos, y mi alma en vuestra presencia como una tierra sin agua.

»Daos prisa, Señor, á socorrerme porque mi alma ha caído en mortal desfallecimiento.

»Hacedme oír cuanto antes aquella voz con que manifestáis vuestra misericordia, porque sólo en vos, Señor, tengo toda mi esperanza (1).»

(1) Salmo cxxii, 1-4-6-7-9.

Capítulo VI

Los celos de Salazar

SIN pretenderlo, dejamos que en el capítulo anterior nuestra pluma corriese á su albedrío, sobre la fácil pendiente de un sentimiento justo y santo.

Pero nos atrevemos á creer que los lectores nos lo habrán perdonado.

Nada hay tan indulgente como el bueno y el honrado, y pocos de los que son una y otra cosa dejarán de haber visto con interés un libro que, como este, está dictado y tiende á un fin noble y santo.

Pero dejémonos de digresiones.

A solas consigo mismo, Salazar discurría acerca de su pasión por D.^a Beatriz, que tenía dominado todo su sér.

La influencia que en el desgraciado éxito de sus amores pudiera haber tenido el amor paternal no la creyó tal ni tan grande que pudiera haberle dañado.

Conocía bien á D. Diego y no ignoraba que don Diego era un buen padre de su hija.

Habiéndola acostumbrado á no contrariarla en sus

inclinaciones naturales, D.^a Beatriz veía á su padre con la confianza que á un amigo al cual nada espresado ocultarle.

De resultas de ello D. Diego no necesitaba dar á su hija órdenes, sino consejos.

No tenía, pues, D.^a Beatriz por qué temerle.

Su dominio sobre ella ejercíalo por el amor, no por el miedo.

Habíase, por tanto, guardado muy mucho de imponer á su hija el amor de ningún hombre ni de contradecir su elección, si acaso la hubiese hecho.

Fiaba con justicia en el buen natural de su hija, y le constaba que en todo seguiría el ejemplo de su virtuosa madre.

Todo esto no lo ignoraba Salazar, y hasta cierto punto de ello se felicitaba, pues á todo hombre irrita hasta la exageración la certeza y el convencimiento de que alguien que no sea el corazón mismo de la mujer amada intervenga en sus desdenes ó desamor.

Pero por una aberración natural en todo hombre enamorado, Salazar maldecía de la libertad en que D. Diego había dejado á su hija.

—¿Qué habría perdido, — se preguntaba, — en haber influido en mi favor?

¿Soy acaso un hombre que merezca el desprecio de mujer alguna?

¿He dejado nunca de ser respetuoso con ella, ó consecuente con su padre?

¿De qué pueden acusarme sino de no haber impedido que D. Diego se lanzase á la vida de escándalo y disipación á que sus inclinaciones le arrastraban?

Pero si yo hubiese tratado de estorbarlo, ¿acaso él habría seguido mis consejos?

Por otra parte, mis inclinaciones eran en un todo iguales á las suyas.

Por eso fuimos amigos.

Yo no tenía familia como él: mal pude en consecuencia adivinar fatales resultados que una familia puede recoger de las disipaciones de su jefe.

Yo, con vanagloria lo digo, no soy peor que él.

Si él ha podido regenerarse por amor á su hija, por amor también á ella podría yo haberme regenerado.

Si de la cuestión de intereses que entre nosotros media, me he valido yo para mortificarlos, hícelo no por cruel codicia, sino por tenerlos en cierto punto sujetos á mi.

Mi codicia, mi sed de oro, no se satisfacen con la gota que para mí representa en mi fortuna actual la deuda de D. Diego. ¿Por qué, pues, no quieren comprender cuáles son los móviles, que en mi conducta me guían!

Pero ¡ay de mí! bien veo que las apariencias me condenan.

Los sucesos de esta noche causarán mi desgracia.

En ellos he bajado yo tanto como D. Martín Tezomoti ha subido.

Ella no puede ignorar que yo sé que le ama.

¿Cuánto más no le amaré al convencerse de que por su amor se expone D. Martín á toda mi cólera?

Yo, para vengarme de sus desdenes y obligarla á arrojarle á mis plantas, me apoderé de su padre y turbé con fiera tormenta la felicidad del hogar en que habitaba, acogida en su desamparo.

Para ello me serví de manos ajenas y desplegué todo el aparato de mi autoridad.

En cambio D. Martín Tezomoti por sí sólo ha desba-

ratado á los míos y realizado un hecho, digno émulo de los que nuestros romances cantan.

¡Por qué si uno mismo es el objeto y fin de su pasión y la mía; por qué si la mía es tan grande como pueda serlo la suya, la mía sólo inspira pequeñas y cobardes acciones, y la suya le impele á acometer nobles y caballerosas aventuras?

Miedo tengo de responderme.

Miedo, sí, porque la cólera turba mi razón y me arrastra á buscar en el crimen mi venganza.

Estoy celoso, monstruosamente celoso.

Si yo en nada acierto, es porque me tiene demente el desdén con que D.^a Beatriz me agobia.

Si él me vence en demostraciones de valor y nobleza, es porque esa mujer le ama.

¡Ah! ya salió de mis labios la fatal confesión, que la envidia me arranca.

¡Oh! sí, ¡ella le ama!

¿Y yo, Gonzalo de Salazar, debo sufrirlo?

Si ningún hombre de honor puede soportar la afrenta de verse menospreciado por un inferior, ¿podré soportarla yo que tengo en mis manos para mejor vengarme, la fuerza que da la autoridad?

¡No, mil veces no!

¡Callad, pues, vosotras, voces del corazón, que me repetís que aun la amo!

¡Callad, gritos de mi antiguo honor, que me exigís que me porte con ella, cual á un caballero corresponde!

¡Callaos, yo lo quiero!

Soy humana criatura, sujeta á todas las flaquezas que á ellas son inherentes.

Fenezco de amor en el insondable mar de sus desdenes,

y antes de hundirme en el vacío, estoy obligado á intentarlo todo; absolutamente todo.

Lanzado estoy en la senda peligrosa, y no hay modo de retroceder sin grave perjuicio de mi dignidad.

¡Ah! ¡D.^a Beatriz! ¡no sólo no me amáis, sino que amáis á otro!

¡Y bien: ese otro debe desaparecer!

Profunda herida voy á abriros en el alma. Pero si vos os asomaseis á los bordes de la que en la mía llevo, su profundidad habría de espantaros.

¿No queréis ser mía?

Bien: tampoco lo seréis de otro.

No esperéis que yo le busque frente á frente y hombre á hombre.

No; el partido no sería igual.

El cuenta con la fuerza de vuestro amor.

A mí me hace débil vuestro desdén.

El vé en su victoria su felicidad.

A mí los celos me tienen sin vista en los ojos, sin luz en el alma.

Con su muerte, nuevo abismo voy á abrir ante nosotros.

Pero el que ya con vuestro desamor habéis creado jamás se podrá cegar.

Si en la lucha vuestro corazón se hace pedazos de dolor, pensad cuán grande habrá sido el mío que me impelió á acometerla.

Por otra parte, D. Martín, cruzándose en nuestro camino, me ha robado vuestro amor.

¡Como á vil ladrón he de tratarle!

Y para que más os duela, procuraré dar á su muerte la apariencia de una justicia.

Borraré, hasta dónde me sea dable, las trazas de mi venganza.

Quietos, pues, celos míos en el corazón en que habitáis, destrozándole con vuestras crueles dentelladas.

Que nadie tenga motivo para creer que os ha visto asomarnos á mis ojos en sus miradas de odio, ni á mis labios en su sonrisa de satisfacción.

Dueños os habéis hecho de mi alma.

De ella no he podido ni puedo arrojaros.

Tomadla por entero; ya no quiero recobrarla; en ella, quedaos en ella!

Desgarrada á vuestro sabor, pero con ella entreteneos y no salgáis á mis ojos ni á mis labios.

Permitidme hacer creer que á mis deberes como gobernador sacrífico mis amores de hombre.

¡Que nadie se crea con derecho para tenerme insultante lástima!

Que nadie ría de mi sufrimiento.

Esa será mi última vanidad.

Y si mañana mis sentimientos, perdido todo freno, siembran la desolación, la muerte y las lágrimas en los surcos que abra mi espada de gobernador, justificadme vosotros, justificadme vosotras, mis perdidas ilusiones.

A este punto de su monólogo llegaba Gonzalo de Salazar, cuando rojo de ira, y desvanecido de cólera, se presentó en la estancia en que el gobernador se encontraba el feroz Ixtaolzin, arrastrando tras de sí á los perros de Peralmíndez, que ladraban de enojo y de cansancio.

Al verle entrar, Salazar desnudó su espada y la levantó contra él, diciéndole:

—¡Eres un miserable! si aquí hubieses permanecido, Tezomotli estaría en nuestras manos

—Aquí estubo, ¿no es cierto?

—Ve ahí las señales que de su paso ha dejado,—contestó Salazar mostrándole el montón de cadáveres de los soldados muertos por Tezomotli.

A instancias de Ixtaolzin, Salazar le refirió en pocas palabras lo que había acontecido.

Cuando lo supo, el fingido José, exclamó:

—¡Miserable de mí! ¡me he dejado engañar como un imbécil por esa pérdida mujer, que le ama como la pantera á sus cachorros; ella fué quien me alejó de aquí haciéndome creer que Tezomotli se encontraba en Ixtapalapa! Pero si como dices tan mal herido estaba Tezomotli, ¿cómo ha podido dejar esta casa?

—No lo sé.

—¡Ah!—gritó Ixtaolzin hiriéndose la frente con su puño.

—¿Qué te ocurre?—preguntó Salazar.

Ixtaolzin continuó hablando como quien divaga, y sin cuidarse de responder á Salazar.

—¡Si; no me cabe duda! ¡él ha de haber sido! ¡necio de mí que le permití separármese y regresar á la ciudad!

—¿Qué significan tus incoherentes palabras?

—Nada; quiero decir, mucho. ¡Tlanoc, el indio que con los perros me enviaste, me ha hecho traición! El sin duda ha sido quien ha salvado á Tezomotli y á esas mujeres.

—¡Ah! ¡si eso fuese cierto!—observó Salazar con manifiesta satisfacción.

—No me cabe duda, él, sólo él puede haber sido capaz.

—¿Conoces la guarida de ese miserable?

—Sigueme, — contestó Ixtaolzin, — dentro de breves instantes los fugitivos estarán en nuestro poder.

Y estirando de los perros que gruñían de malestar, echó á andar por delante seguido del gobernador.

Capítulo VII

Entre las sombras

Al final de uno de los precedentes capítulos, dejamos á Hernán López poniendo en libertad á los Alva, padre é hijo y á D. Alvaro de Silva.

Conociéndole, como le conocian, y temiéndole, como le temian, por ciego instrumento de los gobernadores, excusado es decir que lejos de ver en él un salvador, sospecharon que trataba de tenderles una emboscada que les costase la vida, para hacer creer más tarde que, habiendo intentado fugarse, se habia visto en la necesidad de matarlos.

Hernán López logró tranquilizarlos á este respecto, contándoles con las ménos palabras que pudo, pero sin omitir detalle alguno de importancia, lo que D. Martín Tezomotli habia hecho.

—Ved, pues,—concluyó diciendo,—lo que podéis hacer para salvar á ese valiente, cuya amistad os honra, y cuya alianza tan cara puede costaros.

Algunas palabras más bastaron para tranquilizar á los

prisioneros acerca de las rectas intenciones de Hernán López, del cual lograron un nuevo favor, que fué el de que mandase también abrir el calabozo de D. Diego de Saavedra y ponerle en libertad.

Una vez hecho esto, Hernán López se retiró tranquilamente á sus habitaciones, satisfecho de haber intentado cuanto á su alcance estuvo, para demostrar cuánta era la admiración que le inspiraba el denodado valor del príncipe indio.

Grande fué su contento cuando pudo convencerse de que ninguna de sus heridas tenia importancia alguna, opinión que confirmó con la suya su paje de armas, Andrés, que en estos asuntos era en extremo experimentado, por haber sido en su patria, Andalucía, uno de los hombres más pendencieros de toda la provincia.

—Sin embargo,—observó Hernán López contestándole;—convendrás conmigo, en que si no llevo á desviar el golpe, la espada de ese admirable indio pudiera haberme degollado como á un pájaro.

—Ciertamente que sí; se conoce que tiene un pulso digno rival vuestro.

—¿Rival dices? di mejor diez veces superior al mío; la treta de que se valió para partir en dos mi espada é inutilizarme la muñeca, acusa un talento verdaderamente maravilloso. Te juro que si llegan á matarle le lloraré como cosa mía y digno de mi mayor afecto.

—¿Pero será posible que eso suceda?—preguntó Andrés con verdadero y compasivo interés.

—Todo puede ser: Salazar le aborrece más si es posible de lo que yo le desprecio á él; y si el efecto de mi cuchillada no ha pasado, lo cual es muy probable, pues sabes cuán bien las dejo yo asentarse, ó D. Martín, repi-

to, no ha vuelto en sí, y con él da Salazar, puedes creer que no perderá la ocasión de librarse para siempre de un temible rival.

—¿Pero lo será en efecto?

—Yo, al menos, lo apostaría: no puedes imaginarte con qué calor tomó esa hermosa D.^a Beatriz su defensa. Yo estuve á punto de ocultar la espada cuando la vi erguida como una reina, fiera como una leona, ponerse decidida entre la punta de mi acero y el pecho de don Martín. Me causó, créelo, positivo entusiasmo é ilimitada admiración.

Y aquí llegaba Hernán López cuando sintió en su puerta dos golpes dados con la contera de hierro de una lanza.

Abrió Andrés, y él y su amo se asombraron cuando supieron que Salazar había dispuesto que le prendiesen y condujeran á su presencia.

Echando, como vulgarmente se dice, pestes y venablos, Hernán tomó su capa y se encaminó á la casa de los Alva, no como preso, sino como jefe de su escolta.

El momento en que Salazar salía en pos de Ixtaolzin y en busca de Tezomotli, fué el mismo en que Hernán llegó á la casa y en cuya puerta se encontró con él.

Quisiera que no, detúvole con aquella insolencia á que le autorizaban, ya la fama de su valor, ya la confianza y amistad que le dispensaba Peralmíndez, ya, en fin, la seguridad que tenía de que Salazar se lo dispensaría todo por tal de no echárselo en contra en aquellos días en que tan necesarios les eran hombres del valor y fidelidad de Hernán López.

El breve espacio, que en más breves explicaciones uno y otro emplearon, bastó para que perdieran de vista á Ixtaolzin y al grupo de los cinco perros.

Cuando quisieron seguirle les fué imposible dar con la dirección que el indio había tomado.

—No te pese, Salazar, —le dijo Hernán López, —ese indio es un bellaco que nada hará ni sirve para nada; y por otra parte, yo te afirmo que la herida que lleva el príncipe azteca no le permitirá retirarse mucho de tu alcance.

—Pero, ¿y D.^a Beatriz?

—No creas que con él se haya ido.

—¿Acaso ignoras que le ama?—preguntó Salazar mordiendo los labios.

—No lo ignoro,—contestó Hernán López sonriéndose; —pero créeme, no es con él con quien la dama ha huido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé que mientras tú te has entretenido en perseguir la oveja, has dejado escapar al lobo.

—¿Qué quieres decirme?

—Que desamparada como dejaste la prisión en que tenias á los Alva y á D. Alvaro...

—¿Se han fugado?...

—Justo.

—¡Ira de Dios!—gritó Salazar en el paroxismo de la cólera.

—Cálmate, porque aun hay más.

—¿Concluye, pues, con mil demonios!

—Pues lo más que hay es, que sorprendiéndome y amenazándome de modo, que á punto he estado de, por tu causa, perder esta noche, y por segunda vez la vida, los Alva y Silva me obligaron...

—¿A qué?

—A poner en libertad á D. Diego de Saavedra.

—¡Traidor!—gritó Salazar levantando su espada sobre

Hernán Pérez, quien alzando su mano izquierda hasta coger el puño del factor, le detuvo el movimiento á la vez que le decía:

—¡Quieto! que amigo soy y yo nunca hago cosa alguna de que no os resulte utilidad á tí y á Peralmindez.

Salazar cedió al incentivo de la curiosidad, y serenándose dijo:

—Los misterios de que vienes usando conmigo me exasperan é incomodan: habla lo que tengas que hablar.

—Buscabais ayer un pretexto para deshaceros de un golpe de Rodrigo de Paz, con cierta apariencia de justicia: pues bien ya le tengo.

—¿Y es cuál?

—Me consta que Rodrigo de Paz es quien ha favorecido y facilitado la fuga de tus prisioneros.

—¿Cómo podremos probárselo?

—Facilísimamente: me consta que los fugitivos se encuentran...

—¿En la casa de Cortés?

—Justo, y en las habitaciones de Rodrigo de Paz.

—¡Ay de él! ¡está perdido!

—Justo: tú has hecho creer que Saavedra y los Alva eran los jefes de la conjuración encabezada por Tezomotli contra S. M.; y pues Rodrigo de Paz los acoge en sus habitaciones...

—Sí, te comprendo, nada más fácil que acusarle de traidor y tratarle como á tal.

—Exactamente.

—Tienes razón, Hernán López; eres el mejor de nuestros amigos; dame tu mano para que la estreche entre las mías.

Y esto diciendo, Salazar, hábilmente engañado por Hernán, olvidó á Tezomotli y á D.^a Beatriz y contento y alegre se encaminó á su casa en busca de Peralmindez, tomándose familiarmente del brazo de su supuesto amigo, que por lo bajo iba diciendo:

—Muy lejos estaba yo de creer que aun podría esta noche prestar un servicio más al denodado Tezomotli.

Comenzaba á alborear.

El azul del cielo era mucho ménos intenso, y las estrellas, muy disminuídas en número, brillaban débilmente y algunas se confundían con la primera luz que resbalaba sobre el firmamento.

Percibía el oído el chapaleo de las canoas de los indios vendimieros, sobre las aguas de los canales, y, aunque suavemente, los pájaros gorjeaban en las ramas, adivinando la proximidad del nuevo sol.

Tlanoc habia tenido que detenerse varias veces, en su camino, no porque le fatigase el peso del cuerpo de su príncipe, sino para dar tiempo á D.^a María y D.^a Beatriz para alcanzarlo.

—Más de prisa,—deciales Tlanoc,—el día se nos viene encima á pasos de gigante: si alguien nos descubre puede vendernos.

Las mujeres hacían cuanto les era dable para complacer á Tlanoc.

Pero las emociones de aquella funesta é interminable noche las habían debilitado.

María tuvo que detenerse para darle el pecho á su hijo, que despertó llorando de hambre.

—¡Viene el día, viene el día!—repitió Tlanoc;—por lo

que más améis no nos detengamos, porque nos perderemos todos.

—Dios nos protegerá como manifestamente nos ha protegido en medio de tanto desastre,—observó con entera fe D.^a Beatriz.

—Decís bien, amiga mía,—repuso D.^a María,—tanto más que á mayor abundamiento traigo conmigo el milagroso Cristo de Fray Martín;—y al decir esto mostró el ya para nuestros lectores famoso Crucifijo.

Un momento después nuestros personajes continuaron marchando.

El azul del cielo era ya casi transparente.

Todas las estrellas habían desaparecido.

El concierto de las aves se había acentuado y por todos lados se escuchaba su regocijador gorjeo.

Tlanoc se detuvo.

Su vista de lince había penetrado en las lejanas y movientes sombras y distinguido en ellas algo que le inquietó.

—¿Qué te pasa?—preguntó D.^a María.

Tlanoc siguió observando, y al fin dijo con acento de terror:

—¡Estamos perdidos!

—¡Dios mío!—exclamaron las mujeres;—¿por qué dices eso?

El indio tendió su brazo y con su mano indicó un punto en que, aunque difícilmente, se distinguía un bulto.

—¡Allí!—dijo.

—¿Qué?

—¡Ixtaolzin! ¡le conozco, le siento! ¡sí; es Ixtaolzin! ¡estamos perdidos!

Capítulo VIII

¡Atrás! ¡en nombre de Dios!

No tardó mucho Ixtaolzin en encontrarse frente á la puerta de la casa de Tlanoc.

Tal había sido la ligereza de su carrera que los cinco mastines, en cuanto su conductor se detuvo, se echaron en tierra jadeantes de cansancio y fatiga.

El sacerdote soltó la cadena que los sujetaba y se adelantó solo y resuelto á echar la puerta abajo, para lo cual se armó de una enorme piedra.

Pero mudando de parecer la dejó caer sin ruido y aproximándose aplicó el oído á las mal unidas tablas.

El silencio en el interior de la casa era absoluto.

Tocó suavemente con los nudillos de sus dedos y nadie contestó.

Repitió varias veces la misma operación aumentando la fuerza de sus golpes, pero no obtuvo mejor resultado.

Impaciente y malhumorado tomó de nuevo la piedra y dejándola caer sobre la madera, la puerta se abrió haciéndose añicos.

Al ruido los perros se levantaron ladrando furiosamente y la anciana madre de Tlanoc despertó despa- vorida.

—¿Dónde está tu hijo!—preguntó Ixtaolzin tomándola bruscamente de un brazo.

La anciana contestó que en toda la noche no había vuelto á su casa; que ella le había estado esperando en perpetua vigilia, pero que al fin el sueño la rindió, por lo cual no oyó que tocaban.

—¡Ay de ti, si me engañas!—repuso el sacerdote oprimiendo con tanta ira el brazo de la anciana infeliz, que la obligó á lanzar un prolongado gemido de dolor.

Pero sin hacer caso de ella Ixtaolzin le volvió la espalda, y saliendo de la casa tomó de nuevo la cadena de los perros, á los que dió algunos puntapiés notando que se resistían á marchar.

Siguiéronle los mastines gruñendo de un modo siniestro.

—Han temido que yo los alcanzase si seguían el camino más corto y derecho, y vienen rodeando por fuera de la traza, podría jurarlo. Y bien, salgámosles al encuentro.

Que el pérfido sacerdote había acertado en sus pre- sunciones, nos lo dijo el terror de Tlanoc al fin del capítulo precedente.

También él los había conocido y apresuraba sus pasos y hostigaba sus perros para prepararlos al combate.

María y D. Beatriz clavaban con espanto sus ojos, ya en el punto marcado por Tlanoc, ya en el semblante demudado de éste, y en voz alta recitaban las oraciones que más eficaces creían para casos semejantes.

María hablaba al Cristo de Fray Martín con una fe

tal que inducía á maravillarse de la fuerza extraordinaria de sus creencias.

Su hijo, acostumbrado á tener casi siempre á la vista la sagrada imagen, al verla de nuevo en manos de su buena madre sonreía ajeno á todo temor y en su ininte- ligible lenguaje decíale sin duda ternezas que se tradu- cían en una especie de alegres gorjeos.

—Xochitl,—le dijo Tlanoc,—esta es la ocasión en que podrás probar cuáles son los más poderosos dioses, si los de tu padre que has abandonado, ó los de tu marido que al presente veneras. A ti te dejo este cuidado: yo á nin- gunos invocaré y lo fiaré todo á ti y á la fuerza de mi brazo.

Y esto diciendo se dirigió al jacal más próximo y llamó.

Habitábanle una india joven y sus dos hijos pe- queños.

Tlanoc le habló en el idioma de los naturales y le pi- dió hospitalidad para las dos mujeres y para el enfermo D. Martín, sin indicarle cosa alguna acerca del peligro que les amenazaba.

La india accedió de buen grado á la súplica de Tlanoc.

Este dejó instalada en el jacal á la familia y salió de él cerrando trás de sí la puerta.

Ya en la calle vió como á una distancia de trescientas varas á Ixtaolzin que avanzaba velozmente.

Le salió al encuentro y fingiendo lo mejor que pudo le preguntó:

—Ixtaolzin, ¿qué has hecho de Tezomotli?

El sacerdote se detuvo entre suspenso é irritado y en- carándose con Tlanoc le dijo:

—Cuando cuentes los años que yo cuento, adquirirás tal experiencia que conocerás la mentira en quien quiera que sea que finja la verdad.

—¡No te comprendo!—repuso Tlanoc desconcertado.

—Pero yo sí te comprendo á ti, responde: ¿qué has hecho de las personas que no há mucho te acompañaban, y quiénes eran?

—Te aseguro que solo me dirijia...

—¡Mientes!—le interrumpió el sacerdote:—mientes y tu mentira sólo sirve para confirmar mis sospechas. Tú has sacado de casa de los Alva á Tezomotli herido. ¿Dónde lo has ocultado? responde pronto ó témelo todo de mí.

—¡Ixtaolzin!—gritó Tlanoc, haciéndose unos cuantos pasos atrás, y empuñando su terrible cuchillo,—soy todo tuyo para todo y contra todo, menos contra el príncipe Tezomotli.

—Para nada necesito de tí, Tlanoc. Sacerdote soy de Toci y de Tezcatlipoca y Huitzolopochtli, ellos han ordenado la muerte de Tezomotli. ellos me ayudarán á cumplir su sentencia sin auxilio de nadie y menos de traidores como tú.

—¡Yo traidor!

—Sí, tú traidor, ¿acaso no estoy viéndote preparado á lanzarte sobre mí?

—No lo niego; te mataré si no escuchas mis súplicas; no para guardar mi vida, que en ningún aprecio tengo, sino para defender la de mi príncipe. Ve, pues, lo que haces, Ixtaolzin, porque á todo estoy dispuesto.

—Nuestros dioses quieren que, á pesar de mi ancianidad, ningún hombre me imponga espanto, ni aun un guerrero de tu justa fama. ¡Apresúrate, pues, á herirme, porque si no caerás!

Y al acabar de decir estas palabras Ixtaolzin sacó también á relucir su cuchillo y con asombrosa rapidez saltó sobre Tlanoc, arrastrando los perros trás de sí.

Tan instantáneo fué todo, que Tlanoc casi no vió venirle encima el sacerdote y por él se vió arrollado y vino á tierra hiriendo, sin pretenderlo, á uno de los mastines que, ladrando de dolor y enojo, se lanzó sobre él con toda su natural ferocidad.

—¡Xochitl! ¡Xochitl! ¡estoy perdido!—gritó Tlanoc, no en demanda de auxilio, sino por avisar á la joven el peligro que la amenazaba.

Xochitl oyó aquella voz y la oyó también D.^a Beatriz, aunque sin entender las palabras, pues Tlanoc había empleado el idioma azteca, y ambas acudieron aterradas á la puerta del jacal, descubriéndose de este modo á Ixtaolzin á la ya clara luz de la aurora.

Las infelices mujeres lanzaron á la vez un grito de espanto, tanto mayor en D.^a María, cuanto que sabía bien á qué extremo Ixtaolzin era capaz de llevar su ferocidad.

El cuadro era horrible.

Los cinco mastines, ladrando furiosamente, desgarraban las ropas y las carnes del desgraciado Tlanoc, quien con fuerza hercúlea rechazaba á puntapiés y puñetazos á los animales que volvían á cargar sobre él con nueva furia.

Ixtaolzin se mantenía á corta distancia en pié y con los brazos cruzados sobre el pecho, y contemplaba con sonrisa de satisfacción endemoniada la desigual lucha que su antiguo amigo sostenía.

Por las puertas de los jacaes próximos asomaban sus aterrados semblantes los vecinos del barrio de San José, sin atreverse ninguno de ellos á auxiliar á Tlanoc.

El grito lanzado por las mujeres hizo que Ixtaolzín volviese la cabeza en dirección al jacal.

Apenas las hubo descubiertos, una exclamación de ferroz alegría salió de sus labios; llamó á los perros; les obligó á dejar libre á Tlanoc, que estaba próximo á succumbir, y azuzándolos con ininteligibles palabras, corrió, seguido por ellos, en dirección del jacal distante unas veinte varas.

Al verle ir hacia ellas, las mujeres se metieron cerrando la puerta, y á sus voces invocando á la Providencia y á todos los santos del cielo se unieron bien pronto el llanto de tres criaturas, el del hijo de María y de Gonzalo de Alva y los de los niños de la buena mujer que habiales dado hospedaje.

Ixtaolzín, transfigurado con el placer de haber encontrado á sus víctimas, azuzando siempre á sus perros, lanzó sobre la cerrada puerta un peñasco de los que formaban la cerca del corral del jacalito, y las débiles tablas saltaron hechas añicos.

El grupo que se presentó á su vista hubiera conmovido á otro que no fuese Ixtaolzín.

D.^a Beatriz postrada en tierra sostenía sobre una de sus rodillas el cuerpo casi exámine de Tezomotli y besaba su frente con amoroso transporte y como si de él se despidiese para siempre.

Detrás de ella, la joven india dueña del jacal tenía entre sus brazos las cabezas de sus hijos que lloraban desesperadamente.

Delante de D.^a Beatriz y Tezomotli y también postrada en tierra, María oprimía contra su seno á su hijo y levantaba en alto el Crucifijo de ébano y bronce de Fray Martín, invocando su favor y protección con entusiasta fervor.

—¡A ellos!—gritó Ixtaolzín á los perros de Peralmíndez, que invadieron el jacal como furias del averno desprendidas.

—¡Atrás! ¡en nombre de Dios único y verdadero!—gritó D.^a María, presentándoles el Cristo de bronce dorado, como un invencible escudo.

Y sucedió lo que no podía por menos de suceder.

Dios quiso glorificar á su siervo el custodio de los franciscanos, por su caridad para con los indios.

Los perros de Peralmíndez, enseñados por Fray Martín á echarse en tierra y hundir en ella sus hocicos á la vista del Cristo de su rosario, reconocieron el Crucifijo con ese admirable y superior instinto de los perros, y ante él se echaron en tierra y en ella sus hocicos hundieron, gruñendo mansamente y moviendo sus colas en demostración de afecto.

Ixtaolzín no pudo por menos de asombrarse y retroceder.

Pero irritado ante aquella maravilla que no era posible que se explicase, temblando de cólera cogió un grueso palo que vió á mano y con él comenzó á descargar terribles golpes sobre los perros azuzándolos contra su presa.

—¡Atrás! ¡atrás! ¡en nombre de Dios único y verdadero!—seguía gritando D.^a María á la vez que oponía su famoso Cristo á cada uno de los perros que se le acercaba, y tantas veces como lo hacía atrás también los animales volvían á echarse en tierra y á hundir en ella sus fauces tintas en la sangre de Tlanoc.

Ciego Ixtaolzín, sobre ellos menudeaba sus golpes y el palo saltaba en pedazos, hasta que al fin los perros no quisieron resistir más tan extraordinario maltrato y se lanzaron sobre el sacerdote y le arrollaron y rasgaron sus

vestiduras y sus carnes, como habían arrollado á Tlanoc y rasgado sus vestiduras y sus carnes.

En vano el sacerdote de Toci habló á los perros, aquellas sus palabras con que á su antojo mandaba sobre ellos, y por ellos era obedecido; le habían desconocido y ningún caso hacían de él.

D.^a María, la denodada Xochitl, tuvo entonces un arranque de valor y generosidad sublimes, y entregando su hijo á D.^a Beatriz y armada siempre de su maravilloso Crucifijo, fué presentándolo á cada uno de los cinco perros que uno á uno fueron abandonando sus presa y dejándose coger de las cadenas que pendían de sus collares.

Pero... quizás había sido demasiado tarde.

Ixtaolzín, bañado en su sangre, se agitaba en mortales convulsiones en el lugar mismo en que los perros habíanle arrollado.

—¡Quizás se muere!—exclamó la joven ejemplar.

Y teniendo siempre en su mano las cadenas de los cinco mastines que la seguían con la más extraordinaria humildad, se inclinó sobre el cuerpo del sacerdote y poniéndole frente á los ojos el Crucifijo de Fray Martín, díjole:

—Este es el único y verdadero Dios, Ixtaolzín desgraciado; yo te perdono tu viejo é inconcebible odio, pero cree en este único y verdadero Dios que es el Dios de los cristianos.

Ixtaolzín no podía hablar, pero sus negros ojos desmesuradamente abiertos se fijaron en la imagen que María le mostraba diciéndole:

—Quizás vas á morir con lo mismo que buscabas nuestra muerte. Abre tu alma á la luz que de sí desprende

tan grande maravilla. Yo te lo ruego, ¡Ixtaolzín: cree en el verdadero Dios!

El sacerdote movió á uno y otro lado su cabeza como quien niega, y sus ojos, después de lanzar sobre Xochitl una mirada de invencible rencor, se cerraron de un modo que probaba que no quería mirar la imagen que se le enseñaba.

—¡Dios mío! ¡Jesús crucificado! Virgen santa bajo cuyo amparo mi hijo ha nacido y todos hemos sido salvados, tened piedad de este desventurado, escuchad mi plegaria ¡no le dejéis morir sin tener la suprema ventura de conoceros y amaros!

D.^a Beatriz, la india dueña del jacal y sus dos hijos, que también eran cristianos, unieron su oración á la de Xochitl, y mientras todas sin duda subían al cielo, el indomesticable Ixtaolzín continuaba moviendo su cabeza en demostración de que se negaba á toda conversión.